



EL ASESINO

Eric del Río Rodríguez

EL ASESINO



Primera edición: febrero 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Eric del Río Rodríguez

ISBN: 978-84-19151-52-0

ISBN digital: 978-84-19151-54-4

Depósito legal: M-4820-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Quiero dedicar este pequeño proyecto a todos aquellos que me apoyaron en todo momento y que me dejaron aprender de ellos en pro de aprender un poco más de mí mismo. Sobre todo a Emiliano Rivero Hidalgo, quien está obligado, por contrato, a leerse este libro a su salida.
Gracias de corazón.*

PRÓLOGO

«Siempre he odiado las historias, es por eso por lo que hoy te cuento la mía. En el julio de un año que a penas recuerdo un niño recién nacido fue dejado a las puertas de un orfanato. Según los escasos testigos, la madre era una prostituta que solo quería deshacerse de la criatura. ¿Y el padre? Seguramente un alcohólico que se dejó llevar por los placeres de la noche y apuntó donde no debía, para luego coger el coche y estrellarse contra la primera farola que la carretera le ofreció. Por lo menos así es como espero que fuera.

Lo único que aquel chaval fue capaz de sacar de sus progenitores fue un nombre; Leroy, y un apellido; Lanter, que seguramente sería inventado. Nadie se llamaría así por gusto. Por otra parte, supongo que estás esperando una explicación, un porqué, una confesión o una excusa, pero ya sabes todo lo que pueda decirte al respecto. Solo me apetecía contarte la historia de cómo me convertí en el asesino más famoso de México. Al fin y al cabo, tenemos muchas cosas en común, ¿no lo crees Marv?».

El inspector Andrade detuvo la grabadora un instante, tragó saliva con nerviosismo, e intentando calmarse de nuevo, volvió la vista a su escritorio reordenando casi

milimétricamente sus alrededores: recortes de periódico, sobres cerrados, una llave USB y una vieja grabadora con varios casetes a su disposición. Él, el asesino en serie que había estado persiguiendo durante casi 20 años, había entrado al despacho de uno de los más altos cargos de la policía mexicana, había dejado todo aquello sobre su mesa y se había ido sin ser detectado, dejando un cadáver muy vistoso a su paso.

El hombre que había exterminado asesinos, que caminaba oculto entre la gente como un espectro de niebla, aquel que casi la completa sociedad adoró por sus ideales genocidas. Ese hombre..., sabía que se llamaba Marv...

Capítulo 1

Recostado sobre su silla, Marv Andrade repeinaba su sudoroso y alborotado flequillo entre bufidos hasta casi el punto de arrancarse media cabellera. No podía ser real, simplemente no podía estar pasando algo así. Después de tantos años ¿por qué ahora? y ¿por qué cargarse a uno de los agentes sin razón alguna? Tan solo hacía media hora que habían encontrado el cuerpo de Félix Rivera en la puerta de comisaría, tan mutilado y bajo el efecto de tantos químicos que aún no era posible dar con la causa de la muerte. Una escena que, aunque lo quisiera, no podría desprender de su memoria y que hizo vomitar a medio cuartel. Y para colmo, al volver a su despacho se encontraba ese panorama.

«¿A qué cojones estaba jugando?», dos décadas tras él y era la primera vez que escuchaba su voz... Obviamente la respuesta estaba ahí, entre los papeles, pero no le veía sentido. ¿Por qué Félix?

Resignado y sumido en la ansiedad, encendió la grabadora de nuevo. De esta forma, dejó que aquella voz pusiera fin a sus dudas mientras intentaba tranquilizarse

recostando los puños sobre el escritorio. Había demasiadas cosas que aclarar...

«El orfanato en el que crecí era desde luego peculiar. Su regente, al que todos llamábamos don Casimiro, era el propietario, por herencia, de un gigantesco castillo que se alzaba en una lejana colina, separada por varios kilómetros de un pequeño pueblo de agricultores. El anciano, cansado de una vida de comodidades vacía, decidió poner en pie un sitio para aquellos que no tenían a dónde ir, y fue así como una treintena de niños encontramos algo a lo que llamar bogar. Cabe destacar, que de vez en cuando también aceptaba a algún viajero perdido, que pasaba la noche con nosotros y retomaba temprano su sendero sin siquiera darnos chance a una despedida.

De todos modos, la sonrisa de ese viejo era la dosis de tranquilidad y paternidad que nunca nos dieron, y la convivencia no podría haber sido mejor. Allí aprendí todo lo que cualquier niño debería: leer, escribir, matemáticas básicas y una fantástica visión del mundo, fruto de cientos de excursiones cercanas a la naturaleza. Por otra parte, aquel hombre era un detallista que se preocupaba por nuestro bienestar en todo momento. Aún recuerdo esa Navidad en la que a mí, con mis siete, y absurdamente aficionado a una película sobre un soldado sobreviviendo en la jungla, me regaló una pequeña navaja de montaña con la promesa de que, como buen guerrero, protegería a mis compañeros. Para más tarde, en mi emoción por ser un protector secreto, dejar el objeto escondido bajo mi muñeca con un poco de cinta. Nunca me separaba de ella, ni siquiera para dormir. Todo oculto por la manga de mi camisa, camuflada como una de muchas fantasías infantiles.

El único adulto era él. Cocinaba, limpiaba y siempre acerta-

ba con las medicinas que debíamos tomar con tremenda facilidad, aunque he de decir que nunca me he puesto enfermo. Además, a pesar de lo aislado del lugar, los niños encontraban familia frecuentemente, compartiendo una última cena con nosotros para irse de madrugada al día siguiente.

Sin embargo, no es la única persona que recuerdo de aquellos años, también tenía amigos. Puede que el más destacable fuera Jorge, un chico realmente gamberro y algo regordete, que en la mayoría de las cenas se quedaba sentado sin probar bocado como castigo por sus acciones. A lo que yo, ya acostumbrado, le solía dar la mía para que dejara de quejarse, dándole también mi vaso de leche. Don Casimiro siempre nos daba uno para cenar con la promesa de que creceríamos rápidamente, aunque como ya era bastante alto me lo solía saltar. Exactamente de la misma forma en la que lo hice aquel día; mi cumpleaños.

Esa mañana el anciano me despertó sonriente asegurando que una familia quería adoptarme; el mejor regalo que me podrían dar. Y tal y como era de esperar, ese día mi amigo también se ganó un castigo, uno que le dolió más de lo normal pues esta vez había tarta para cenar. Aunque como ya era habitual, le di la mía, pues la adopción me había creado un nudo en el estómago y no era capaz de probar bocado.

Al acabar, él me indicó que esperase en el comedor mientras acompañaba a los niños a sus respectivas habitaciones, y así se lo prometí. Pero había algo que llamaba mi atención, era Jorge. Parecía mareado y perdido, empapado en un cansancio que no le permitía andar correctamente, como si todo a su alrededor fuera confuso. La verdad es que siempre le entraba sueño a esas horas, pero aquella vez era demasiado, hasta para él. De todos modos, no parecía muy grave, por lo que lo dejé pasar.

Poco después don Casimiro regresó. Ambos estábamos nerviosos por la adopción, él en especial, aunque podría llegar a decir que en realidad estaba ansioso por ello, demasiado incluso. Al parecer, la reunión con mi nueva familia era en la torre más alta y aislada del castillo, una a la que nunca nadie se acercaba, pues no había motivo para hacerlo. Una vez allí, nada más entrar, un extraño hedor atacó mi nariz, seguramente por ser una habitación rara vez abierta, aun así, lo más desconcertante era que allí no había nadie. El viejo me explicó que antes de la acogida debería realizarme un examen médico, por lo que me pidió que me quitase los pantalones y me recostase boca arriba y con los ojos cerrados sobre una camilla. Y así lo hice.

Permanecí por un tiempo en esa posición, lo único que me acompañaba eran los nervios y un lejano ruido, parecía don Casimiro manipulando algún tipo de tela y jadeando con extremo ansia. Jadeos que se iban sintiendo más cerca y cuya distancia conseguí identificar cuando noté cierto peso a los pies de la cama. Con ambas manos, el anciano separó mis piernas mientras que sus murmullos se hacían cada vez más entendibles. Fue ahí, inocente y curioso, cuando abrí los ojos para saber qué ocurría y vi su sonrisa. La sonrisa de un loco, depravado y arrugado viejo que aún me causa pesadillas.

La tensión de mi cuerpo no pudo ser mayor hasta que comprobé porqué sus caderas estaban tan próximas a las mías y qué era lo que estaba intentando hacer. Forcejeé, pero mi débil cuerpo no pudo contra el suyo, y ni siquiera los empujones proporcionados por mis escuetos brazos parecían detenerle. Él apartó hábilmente mi calzoncillo y se aproximó un poco más a mí. Tenía miedo, mucho miedo, no sabía qué es lo que iba a hacerme, pero sabía que era algo

malo. Solo podía aceptarlo, resignarme entre lágrimas. O eso creí hasta que, en mi desesperación, arranqué la navaja que escondía bajo mi muñeca y se la clavé en la punta de aquello que él quería clavarme a mí.

El desgarrador grito que emitió fue suficiente para que me escabullera, pero la salida no era alcanzable en esa posición, por lo que rápidamente hui hacia una puerta que había detrás de mí. Al acercarme a ella aquel pútrido olor se volvió más intenso, más y más hasta que conseguí trancarme dentro sin fijarme previamente en qué yacía en la habitación. Y cuando lo vi, creo que solo pude contener las arcadas de vómito por el impacto del espanto.

Allí estaban, iluminados por las llamas de unas velas demasiado gastadas... Muchos de los niños y viajeros que nunca vi marchar, mutilados, inertes, con los ojos vacíos, la boca abierta y la piel blanca. Algo que mi pobre mente de niño no quería entender.

Manchas de un hipnótico carmesí brotaban de muchos de ellos. Algunos carecían de ciertas extremidades que luego hallaba empapadas en un líquido viscoso y blanquecino. Y de otros solo quedaba una cabeza con la tráquea desgastada, rebosante del mismo fluido que acompañaba a las demás. La mayoría de los cuerpos se encontraban en las esquinas de la habitación y de allí brotaba esa viscosa corriente rojiza que de inmediato sentí bajo mis pies descalzos. Ellos..., me miraban con miedo... Usados como muñecos.

Aún no sé si ese día sentí miedo, desesperación o pena, pero sé que mis acciones estuvieron justificadas. Sin siquiera comprender cómo fui capaz de levantarme, agarré un cuenco con la cera hirviendo de una de las velas y lo aferré con fuerza sosteniendo en mi derecha el cuchillo. Se podían oír los débiles pasos del viejo acercándose a la puerta. Ahí, aporreándola, queriendo verme salir. Y así lo hice.

Destranqué la susodicha y cuando apenas fui capaz de ver su rostro iracundo y sudoroso, le lancé la cera a los ojos, provocando que cayera al suelo con gritos más atroces que antes. Me senté rápido sobre su estómago y, mientras aún quedaba vida en su podrido interior, le clavé la navaja en la garganta..., con ese caliente líquido empapando mis manos.

Así continué con el pecho y la cabeza, más allá de lo que él aguantó agonizando. Finalmente, cuando mis brazos se cansaron, me detuve a contemplar mi obra, y por ser mi primera experiencia, vomité varias veces sobre ella. Cansado, dolido..., seguido por un olor a humo. No fui consciente de que al coger la vela había derribado otra, provocando que todos los cadáveres de la habitación comenzaran a arder... Ya podían descansar en paz.

Sin rostro, sin fuerza, orgulloso de que la sangre no manchara mi camisa, arranqué el rojo de mis manos en las ropas del anciano, me vestí, y dejé que el fuego olvidara todo lo ocurrido. El incendio arrasó todo el castillo, por suerte los niños se salvaron. Mientras tanto, frente a ese reto que me ofrecían las llamas me quedé, en las puertas de la que había sido mi casa y cárcel, lancé la navaja al agonizante infierno. No quería nada que surgiera de esa escoria. Ese día mis ojos perdieron su brillo, mi alma su bondad y mis manos su pureza. No hablé con nadie, no lloré, no me arrepentí, pero tampoco lo disfruté, solo lo sentí. Y tan solo tenía 8 años».

Capítulo 2

«Aquella noche dejé de ser un niño, pero lo que le siguió no fue mucho mejor. El incendio parecía no haber existido, nadie fue alertado en el pueblo y ni las más inesperadas autoridades hicieron acto de presencia. En su lugar, unos hombres que no había visto en mi vida nos acogieron y nos llevaron a un remoto paraje; una fábrica abandonada anexa a una casona mucho más aislada de lo que ya lo era el ahora inexistente castillo.

Nadie conocía el propósito de aquellos personajes, mucho menos yo, y las cosas no parecían volverse más claras a medida que avanzaban los minutos. No hubo palabras de bienvenida ni de preocupación, no tenían preguntas y tampoco respuestas. Lo único que sé con certeza es que ese día acabó con 24 niños encerrados en la más fría habitación de una fábrica, con apenas unos finos y tristes sacos de patatas para resguardarse de la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente, un insistente hombre nos despertó golpeando una pistola contra la puerta metálica del cuarto y, de inmediato, se comenzó el primer toque de queda de nuestra nueva y personalizada prisión. Sus palabras fueron claras, ahora que ya conocíamos nuestras camas éramos su mano de obra, si callábamos y aceptábamos no tendríamos recompensa; como mucho el beneficio

de un pedazo de pan, y las dudas eran respondidas con un apretón de gatillo entre ceja y ceja.

Ni un amago de ademán, ni la más mínima palabra fueron capaces de contradecirle, en ese momento a penas se podía escuchar el sonido de la más débil respiración. Se sentía como si ya nos hubieran arrancado la vida. Entre tanto, una vez dictadas las reglas se rompieron filas y cada uno, por instinto, ocupó una mesa de trabajo de las muchas que la luz diurna quiso ofrecer, donde solo encontraríamos una suerte de materiales y una receta indicando cómo usarlos. Por suerte o por desgracia, no éramos los primeros allí y los esclavos más veteranos nos enseñaron los pasos a seguir si queríamos continuar respirando. Ya no recuerdo si alguien lloró, porque si lo hizo lo callaron por sus métodos, lo que sí recuerdo es que los químicos, compuestos y artilugios que ocupaban esas mesas cada mañana serían la última probada de conocimiento que mordería mi memoria.

El tiempo pasó sin cambios hasta que un día, durante el trabajo, un hombre fornido, moreno y cubierto de tatuajes entró por la puerta principal. Estaba rodeado de mujeres con poca ropa y, sonriente, se quitó las gafas de sol para ser bienvenido por sus subordinados. No obstante, escaso fue el tiempo que duró su alegría cuando le informaron del incendio del castillo y de la desaparición del viejo. De inmediato, su silencio devoró la sala aterrizándonos a todos, e inconscientes, dejamos de trabajar por unos segundos, aun sabiendo que no podíamos hacerlo. Nunca antes la falta de ruido me había amedrentado al punto de petrificarme.

Sin embargo, la peor parte no nos la llevamos nosotros, sino el desgraciado que le dio la noticia, pues un hoyo en su frente puso de nuevo en marcha mi corazón. Algo que sus desabrigadas com-

pañeras le celebraron tranquilamente, compartiendo un beso y una calada, como si tomar una vida no importase en lo absoluto.

Estaba paralizado. Ya era la segunda vez que presenciaba una escena así y, aunque menos sangrienta, mi mente infantil no pudo evitar revivir el trauma. De modo que, sin poder evitarlo, vomité. A penas habían pasado un par de semanas desde aquello.

Mi repentino acto atrajo la atención y sonrisa de aquel hombre; Lath Martínez, como él se presentó; capo, traficante, chulo y asesino a tiempo parcial. El nuevo demonio que el destino me quiso regalar. Creo que a estas alturas sobra decir con qué y para quién trabajábamos. Pero quién diría que el chaval al que decidí ponerle el ojo encima sería la razón por la que todo su imperio se iría a la mierda... Reventando el capullo antes de que aflorara del todo.

La casona junto a la fábrica era suya y suyo era también el matadero. Desde que llegó las cosas empeoraron y había venido para quedarse. El trabajo se volvió mil veces peor, si no se llegaba a un cupo diario pasábamos a ser conejillos de indias de las nuevas drogas sintéticas que deseaban lanzar al mercado, y como era de esperar, nadie llegaba a salir bien parado. Aquellos que no conseguían la cuota nunca regresaban con nosotros, no volví a ver a Jorge.

Las noches habrían continuado silenciosas si no hubiera sido por los ruidos que él y sus compañeras se molestaban en suscitar y, a veces, cuando decidíamos labrar la tierra que nos rodeaba para no morir de inanición, encontrábamos las sonrisas de aquellos compañeros que acabaron como sujetos de pruebas. Pálidos, fríos, muertos..., pero felices. Un sentimiento que por aquel entonces añoraba y que a veces me moría por alcanzar..., literalmente.

Con todo, un torrente de ideas empezó a atacarme. Salió bien una vez, así que ¿por qué no? Esta vez no sería por instinto, esta

vez había razones. Ahora no había mentiras sobre una falsa felicidad, la verdad golpeaba de frente. Por eso sería más difícil, por eso tenía que prepararlo completamente, no permitir que se inmiscuyera la suerte. Tenía que asesinar a Lath Martínez.

Era una idea realmente estúpida, estaba solo, lo sabía. Pero poco a poco empezaba a crearse un sentido. Los días se repetían, los sentimientos de impotencia y desesperación eran los mismos. Empecé a estudiar. Las drogas que fabricábamos, sus componentes, sus fórmulas, los cadáveres de mis amigos..., todo. Y en menos de cuatro años conseguí lo necesario para crear un químico con potencia suficiente como para acabar con él de un plumazo. Solo necesitaba acercarme. Pero no fue fácil.

Poco a poco, día a día, fui ganándome su confianza. Los sacrificios no fueron pocos; mi integridad física y mental, mi orgullo, mis compañeros..., pero funcionó. Al cabo de otros cinco años conseguí ascender a chico de los recados y dejar atrás esos largos días en las mesas de trabajo. En aquella época yo era el único que podía salir de la casona en el mismo estado en el que entraba y en poco tiempo sería el último.

Por otro lado, los privilegios que obtuve no hicieron sino aumentar mi odio hacía esa escoria. Comparar los alimentos y bienes que ellos tenían con los que nos daban hacía cada vez más complicado poner buena cara y disimular mis verdaderas intenciones. Por su parte, el sueño me abandonó por completo. Soñar despierto era lo único que me permitía ver cómo se partía su garganta. Abí, junto a esos críos sin esperanza, cada vez más débiles, y los insistentes graznidos nocturnos de esas mujeres. Faltaba tan poco...

No fue hasta que un día, bajando al pueblo a por los mandados, encontré la inspiración. Un anciano que todas las mañanas

solía tocar la guitarra acústica en su porche sufrió la mala suerte de ver cómo se rompía una de sus cuerdas, la primera para ser exactos. Y para colmo, al intentar cambiarla, se clavó el extremo en el pulgar, formulando un pequeño pero profundo reguero de sangre que terminó con su regreso al hogar a por una cura y con la desaparición de la culpable a mis manos. Era pequeña, indetectable... Era perfecta. Mi cómplice y confidente. La encargada de propiciar el último día de Lath Martínez sobre la tierra.

Es por eso por lo que ese día me quedé trabajando hasta tarde. Serví la cena a aquellos engendros, dejándoles consumirse en el alcohol, y cuando por fin lo creí todo listo, me moví sigiloso hasta el despacho y habitación de mi víctima, buscando cualquier lugar donde colocar la trampa. Sin embargo, quiso mi mala suerte que él entrara borracho rodeado de dos o tres mujeres con las que esperaba pasar una buena noche y, esta vez, no sé si fue el destino, la situación o la cogorza, pero nada más entrar me abrazó. No tenía segundas intenciones. Simplemente lo hizo. Con fuerza y humildad, como si estuviera orgulloso de un hijo... Pero ahí terminó. Como si hubiera sido una ilusión, se olvidó de mi presencia.

Inconsciente, se quitó con torpeza la corbata y se lanzó a la cama con sus acompañantes. Siempre llevaba esa estúpida corbata desde antes de salir de su habitación... Era el lugar perfecto. De este modo, empapé la cuerda en el químico y la dejé preparada junto al nudo, aprovechando que los gemidos disimulaban mi fechoría.

La celda que retenía a mis compañeros quedó abierta esa noche, nadie les seguiría, me aseguré de ello. Sin el cabecilla, tres drogadictos y una tanda de prostitutas no podrían hacer nada, sobre todo sin las armas que soterré. De todos modos, si nada de eso funcionaba, había truncado licores suficientes para darles fin y había dado

chance a la huida de mis camaradas indicándoles qué debían hacer en todo momento.

Solo quedaba yo. Cerca de allí los trenes de mercancías solían pasar a baja velocidad, así que, al divisar el primero me subí y dejé que los raíles me perdieran en la compacta oscuridad que desprendía la noche. El cielo estaba claro, las estrellas me sonreían con su tenue luz entre las caricias de un breve viento, y a pesar de que nunca me llegara noticia de que el plan saliera triunfante, la tranquilidad se apoderó de mí. Esa noche recuperé el sueño».